

La ira y las pasiones tristes: benditas maldiciones

BELÉN ZUBILLAGA

Y jugar por jugar... sin tener que morir o matar

Joaquín Sabina

Agradezco primero que nada a Cecilia Fasano (directora de la publicación) el haberme invitado a participar de esta mesa, sin la cual no hubiera vivenciado lo que enseguida les contaré.

La revista como saben, en este número, se aboca al tema de la ira y las pasiones tristes.

Casualmente, cuando llegó a mis manos se desarrollaba en nuestro país la movilización #Ni una menos. Contexto propicio para leerla.

Los medios y las redes sociales se plagaron de selfies de famosos -y no tanto- sosteniendo el cartel con el título del momento: *Ni una menos*. Todos identificados, hipnotizados bajo un mismo lema. Circularon también desde los fallidos: “ni una más”, “ni uno menos” hasta las bromas de mal gusto como una foto de Barreda –mencionado en un artículo– sosteniendo el cartel *Ni una menos*. Una vez más: “Todos somos Ni una menos”. Fenómeno que no debió sorprenderme, no es el primero del que somos testigos, sin embargo lo hizo. ¿Qué me sor-

prendió? Sin dudar, es una causa indiscutible combatir el crimen a mujeres. ¿Habrá sido eso? ¿El pretender combatir lo incombustible? ¿Cómo evitar que alguien asesine o maltrate a otro? ¿Cómo prevenir ese goce? Miraba la marcha y leía la revista: la ira, el odio, sus orígenes, explicaciones y distinciones rigurosas que leerán página tras página. El dolor, la indignación, la angustia y la tristeza de esas mujeres, muchas de las cuales jamás habían sufrido “violencia de género” y sin embargo allí estaban, apoyando, decididas a unirse a ello. Otras encontraban allí el sentido de lo que les había pasado: los insultos, las miradas hirientes... millones de experiencias singulares se unían en un mismo significante: *Ni una menos*.

Puede haber sido sino la sorpresa que entre las referencias lacanianas y el enigmático goce femenino, ilimitado, sean mujeres las que gritaban ¡Basta! Muchos como verán fueron los efectos de solo empezar a ojear la revista en semejante contexto.

¿Será acaso el ribete feminista, las cifras, la condena masculina, lo ilimitado del lado de ellos? Aunque repetimos “no se trata de género” los goces son del *parlêtre* ¿qué podemos decir de esto?

La locura a la cuenta de las mujeres desde siempre y la marcha que descoloca.

Me interesa transmitir la intimidad de la lectura ¿sino qué podría decir?

Pasando entre páginas por el caso Barreda y las mujeres iracundas de las que habla Gabriela Rodríguez, recuerdo el caso del Country del que algo escribí en ese momento a propósito del filicidio. Gabriela recuerda a Medea. Y yo a ella -Adriana Cruz- una Medea contemporánea. Vemos como las mujeres dan donde más duele, incluso donde más les duele a ellas mismas. Ella mata al hijo, no al marido, igual que Medea. Barreda las mata a todas, no las deja vivas para que sufran. Ahí está la diferencia, no parece ser

pasional ¿lo pasional iría a la cuenta de los hombres? ¡Qué lío y debate se nos arma con los goces!

La ira al parecer encuentra distintos destinos, salidas, entre hombres y mujeres. No hablamos los analistas de hombres y mujeres, así nos mareamos a veces a la hora de dar cuenta de esta y tantas cuestiones de la época.

Por otro lado... las pasiones tristes y tanto para decir. Les sugiero cada texto, son imperdibles. Están bien acomodados; su ubicación permite una lectura inquietante, coherente. Viva.

Por suerte hay un texto quiebre tan oportunamente colocado de María Laura Errecarte sobre el humor... uno va leyendo con cierta tensión y ese texto corta, anima, sin optimizar. La cosa cómica agujerea cualquier pasión. Hasta la melancolía misma. Hasta el más melancólico con su ironía y humor logra descomprimir, tumbar el goce del Otro, apenas.

Copiándome un poquito de Butler que dice sin tristeza ni queja no habría *jazz* ni *blues*, agrego sin tristeza ni ira no tendríamos ni *tango* y ni *heavy metal*, son gustos. Podría agregar, ni poesía ni miles de pinturas preciosas. Conmoveras. Imposibles de ser producidas desde la alegría y el ideal de felicidad de la época. No intento desde ya hacer apología de la tristeza y la ira, sino reiterar aunque trillado, qué depende del uso y el saber hacer no de los afectos en sí mismos.

Entonces entre Discépolo y Deep Purple, encontré algunas buenas razones con música y más páginas de Estrategias.

Pude esclarecer un poco, la distinción entre melancolía-tristeza y nostalgia. Tan confundidas. La melancolía no tiene tanto de tristeza como la nostalgia. Un paciente melancólico me decía “no sé lo que es la vida, no siento, no sé lo que es la tristeza porque tampoco sé que es la alegría, soy neutro”, eso me impide pensar la melancolía como pasión triste. Aunque contradiga algunos ar-

gumentos. Para sentir tristeza se debe haber sentido alegría. Me aclaró también el tango. A Discépolo le cuestionaban haberse vuelto nostálgico cuando siempre fue melancólico. Sus tangos sostenían “que el mundo fue y será una porquería” hasta Cafetín de Buenos Aires, que idealiza el pasado, eso es la nostalgia, la tristeza.

También aprendí que la ira puede ser una salida-solución de la tristeza o la nostalgia. Y que ambas son impedimentos del jugar, retomando el epígrafe sabinero. La ira que puede llegar hasta matar, la tristeza a morir. Jugar implica que ni una ni otra extingan el goce de la vida.

Y a los analistas ¿qué afecto nos conviene? Ninguno claro! Pero sin embargo, cada tanto la nostalgia se nos pianta y comparamos los viejos tiempos, enmudecemos frente al nuevo. Ni pesimistas ni optimistas, ni melancólicos ni maníacos. ¿Qué entonces?

Si todo esto me dio su lectura, no se pierdan ustedes la que les espera...